



Capítulo 447: Ponte en su lugar.

Titania no dudó.

Con un gesto rápido de sus pequeñas manos, el círculo mágico explotó en una luz cegadora. Las runas bailaban por el aire en una espiral de energía, y desde el centro del hechizo, se lanzaba una explosión de magia primaria como una lanza en llamas, directamente hacia el pecho de Virgilio.

Zuri dejó escapar un grito ahogado. "¡Vergil!"

Pero él ya no estaba allí.

Con un movimiento rápido, casi perezoso, Vergil inclinó su cuerpo hacia un lado y el rayo de energía pasó zumbando junto a él, cortando un árbol por la mitad y explotando contra una roca en el fondo. El impacto sacudió el suelo y las hojas ardientes comenzaron a caer lentamente alrededor del claro.



Reapareció a pocos metros de distancia, de pie sobre una rama alta, con las manos todavía en los bolsillos.

"Me dolió sólo verlo. Casi me golpeo la barbilla."

Titania giraba en el aire como una tormenta viviente, sus alas producían un zumbido tan intenso que hacía vibrar el aire.

"¡QUÉDATE DONDE ESTÁS, MALDITA CRIATURA!" gritó, lanzando tres hechizos seguidos: espinas mágicas de obsidiana, cadenas encantadas y una explosión de polvo de hadas en llamas —no tan inofensivo como sugería el nombre.

Virgilio desapareció de nuevo.

Las cadenas se estrellaron contra el suelo. Las espinas se clavaron en el tronco de un árbol centenario, que explotó segundos después. La explosión de polvo encantado rebotó en una barrera mágica que Virgilio había conjurado en un abrir y cerrar de ojos, sin siquiera levantar la mano.

Cuando el polvo se asentó, estaba de nuevo en el centro del cráter, de pie sobre una roca y con aspecto ligeramente aburrido.

"Gritas demasiado, ¿sabes?" él comentó. "Empieza a dolerme los oídos después del tercer intento de asesinato"

Titania volvió a gritar, esta vez más agudo, más primitivo. El suelo debajo de ella se agrietó a medida que su energía se expandía, creando una espiral mágica que levantaba rocas, quemaba raíces y dispersaba chispas como meteoritos.



Ella lo señaló con los ojos en llamas.

"¡ESTÁS JUGANDO CON COSAS QUE NO ENTIENDES! ¡PUEDO DESHACER TU ALMA, MALDITO SEAS!

Virgilio no se movió. Ni siquiera parpadeó. Simplemente voló una hoja que había caído sobre su hombro, como si estuviera más preocupado por la molestia de la naturaleza que por la amenaza de destrucción espiritual.

"¿Destruir mi alma?" repitió, levantando una ceja. "Suenas como mi abuelo. Sólo que con más brillo."



"¡TÚ—!" Ella voló hacia adelante, un cometa en miniatura rodeado de llamas rojas y relámpagos dorados. El aire a su alrededor se distorsionaba con el calor y la energía de la carga.

Zuri se acobardó en la esquina del cráter, asustado. —¡Vergil, te va a perforar como a una lanza!

Pero Vergil sólo se movió en el último segundo. Como un borrón, se inclinó hacia un lado y retorció su cuerpo, esquivando con tal ligereza que parecía bailar con el viento. El golpe pasó directamente y abrió un corte llameante en el suelo.

"Eres rápido", dijo, apareciendo ahora detrás de ella.

Titania se giró brutalmente, con los ojos muy abiertos, sorprendida de la facilidad con la que evitaba todo. Más que sorprendido—ofendido. Como si el hecho de que Virgilio no se defendiera fuera un insulto mayor que cualquier provocación verbal.



"¿Te estás burlando de mí?! ¡LUCHA, MALDITA SEA! ¡CONTRAATACA!"

Vergil la miró con una mirada casi... decepcionada.

"¿Quieres que pelee seriamente con un hada de quince centímetros de alto?"

"¡RAAAARGH!"



Lanzó una explosión mágica de pura fuerza arcana, que se extendió como una onda sónica. Virgilio saltó hacia atrás y aterrizó suavemente sobre un tronco caído sin siquiera ensuciarse el abrigo.

"¿Alguna vez has pensado en dejar de intentar matarme y hablar como gente normal... como una conversación de adultos, por ejemplo?"

Lanzó otra serie de ataques —lanzas de luz, hilos de energía, una explosión de raíces encantadas que intentaron atraparlo como serpientes vegetales. Virgilio lo esquivó todo, sin contraatacar. Simplemente esquivó, detuvo o abrió pequeños portales de sombras para absorber los hechizos.

Zuri, que ahora observaba desde las copas de los árboles, susurró:

"Él no quiere hacerle daño..."

Y ella tenía razón.

Incluso con espacio, tiempo y poder... Vergil no tomó represalias. Simplemente lo evitó, lo dejó pasar, miró con una calma que —para Titania— era insoportable.

"¡ME ESTÁS SUBESTIMANDO!"

"No..." dijo con calma. "Estoy tratando de darte una oportunidad para que te calmes antes de que te arrepientas de lo que haces"

Se detuvo en el aire por un segundo, temblando de rabia.

"¿Crees... que es una lástima?"





"No. "Es respeto", dijo Vergil, con los ojos ahora más serios. "No para ti. Pero por el caos que llevas. Y porque no quiero que alguien como yo suelte la correa sólo porque alguna pequeña reina histérica decidió ponerme a prueba."

La tensión en el claro creció.

Titania dejó de volar. Ahora ella flotaba en silencio, jadeando. La furia aún ardía, pero algo en sus pupilas había cambiado. ¿Miedo? ¿Duda? ¿Memoria?

El silencio era intenso.

"Última oportunidad, Titania", dijo Vergil, con su aura aún parpadeando con sombras y brasas. "¿Quieres seguir gritando o quieres hablar como dos seres que han visto demasiado?"

El claro ya no era un campo de batalla, sino una etapa de tensión.

El aura de Titania latía como un corazón a punto de explotar. Incluso con la advertencia, incluso con la calma extrañamente amenazante de Virgilio, ella no cedió. Ella no pudo ceder. No después de siglos de estar encarcelado, humillado, olvidado. Su presencia... su nombre... su linaje. Fue el detonante.

"¡NO ENTIENDES NADA!" Ella gritó, su voz ahora distorsionada por capas de magia. "¡ERES HEREDERO DE AQUELLO QUE ME DESTRUYÓ! ¡NUNCA—NUNCA— ME INCLINARÉ!"

Ella levantó los brazos y sus ojos ardían. Las runas que flotaban alrededor de su cuerpo giraban en espiral y colapsaban en un solo rayo —un rayo negro y rojo de energía pura que cortaba el aire como una espada de los dioses.



Zuri se acobardó en el árbol. "¡VERGIL, AHORA!"

Pero él no se hizo a un lado.

Esta vez avanzó.

El mundo se desaceleró.

Virgilio desapareció de la vista por un instante— y reapareció en el centro de la magia, atravesando la explosión como una flecha. La energía del hada estalló alrededor de su cuerpo, tratando de destrozar su carne y su alma... pero no había espacios.

Virgilio apareció delante de Titania con la mano abierta.

Sus ojos se abrieron. "¿Qué—?"

Y luego la agarró.

Con precisión quirúrgica, Virgilio cerró su mano alrededor de ella, atrapándola como si fuera un pequeño insecto luminoso. El aura que anteriormente se arremolinaba salvajemente alrededor de Titania implosionó en el momento del contacto.

Silencio absoluto.





Ningún hechizo escapó. Ningún destello explotó. Sólo el sutil sonido del aire siendo absorbido por la fuerza brutal y controlada que emana de la palma de Virgilio.

"Basta", dijo con voz baja y grave. "Tienes tantas ganas de gritar... ahora grita aquí."

Levantó la mano con Titania atrapada y su aura cambió.

El calor había desaparecido. El incendio desapareció. La luz de las sombras aumentó.

Y en su lugar vino el frío de la muerte.

Zuri, todavía en su rama, perdió el aliento. "Vergil... no lo vas a hacer—"

Pero ya lo había hecho.

Su mano estaba envuelta por una niebla oscura, espesa y espectral. Un flujo antinatural de energía que no ardía ni cortaba—sino que drenaba. Un poder antiguo, cargado de maldición y quietud, de disolución espiritual. El tipo de poder que no dejaba cuerpos, sólo ausencia.

La energía de la muerte.

Titania gritó dentro de su puño cerrado, pero el sonido fue amortiguado. Su cuerpo brillaba en espasmos, sus alas revoloteaban como las de un colibrí atacado. El aura mágica que llevaba fue succionada, arrastrada con hilos incandescentes hacia la niebla que rodeaba la mano de Virgilio.





"Escucharás esto cuando estés a punto de ser asesinado...", dijo, mirando su mano como si la analizara. "Parece que te has vuelto loco y has olvidado que la gente es individualista" Sus ojos brillaban con furia contenida. "Yo no soy mi maldito abuelo y tú ya no eres la reina de las hadas. Conoce tu lugar."

Titania todavía luchaba, pero cada segundo dentro de ese agarre ralentizaba sus movimientos. La furia que una vez dominó su forma ahora fue reemplazada por puro pánico.

"T-tú... ¿vas a.... matarme?" Ella jadeó, su voz apenas audible, temblando como una vela al borde de apagarse.

Vergil la miró por un momento. Y luego su expresión se suavizó... un poco.

"Si quisiera matarte, no te estaría sosteniendo con dos dedos", respondió, y luego —en un movimiento repentino— la liberó.

Titania cayó al suelo como un pétalo quemado. Débil. Vacío. Jadeando por respirar. Su brillo era apagado, sus alas temblaban de esfuerzo y tosía como si hubiera inhalado humo negro.

Zuri corrió por el árbol y aterrizó junto a Vergil.

"Tú... bueno, tienes razón en hacerle eso", dijo Zuri. "Y pensar que la Reina de las Hadas estuvo aquí todo el tiempo..."

